

vencion del poder creador. Luego, descartada la crisis, será de mayor interés trasladar aquí el dictámen de los varones ilustres que cuentan esta curacion entre el número de los mayores milagros. El ilustre profesor Tancioni dice: «Nunca he departido con otras personas acerca la curacion de la Sra. Teresa; pero he oido á otros hablar de ella y considerarla como un verdadero y estupendo milagro; por lo demás, yo mismo la considero como tal.»

31. Idéntica opinión manifiesta el Dr. Scalzaferri, quien nos asegura el pensamiento de todos sobre este punto: «La miraculada, lo mismo que sus parientes y todos los que tuvieron conocimiento de su enfermedad cirrosa, atribuyen la curacion á un verdadero milagro, obtenido por intercesion del venerable Benito José Labre. Participo por completo de este modo de juzgar: me es imposible abrigar la menor duda respecto á la realidad del milagro, despues de haber visto y tocado con mis manos el primer cirro.» Por último, el eminente Dr. Mascetti, cirujano habitual de la miraculada, se expresa así: «Puedo afirmar con toda certeza que, segun los datos de la ciencia y mi propia experiencia en estas materias, la curacion del cirro de que he hablado no se realizó por las fuerzas de la naturaleza ni por los recursos del arte, y hay que atribuirle á una accion sobrenatural. Tal es mi parecer, y creo no puedo decir más, porque, como testigo, he de limitarme á los hechos, y como cirujano, no puedo afirmar sino los principios de la ciencia y las lecciones de la experiencia. Repito, pues, que la curacion de la Sra. Teresa Massetti, atacada de un cirro ya adelantado y degenerado en cáncer oculto, debe ser ciertamente contado entre los hechos sobrenaturales.» No es, pues, por ciega credulidad ni por piadosa sencillez que se atribuye á un insigne milagro de Dios la curacion de Teresa Massetti. A ello obligan la evidencia de los hechos y una lógica severa, apoyada en los principios de una ciencia veraz y confirmada por la autoridad de los varones más eminentes.

CAPÍTULO II.

Discusion del Milagro.

ARTÍCULO I.

PRIMERAS OBSERVACIONES CRÍTICAS DEL PROMOTOR DE LA FE.

§ 1.—Del primer término del milagro ó de la enfermedad.

1. Conocer una enfermedad es con harta frecuencia muy difícil: la fisonomía engaña á menudo aun á los hombres hábiles en esta materia. Así es que un cirro muy fácilmente puede confundirse con ciertas callosidades que, aunque de mal aspecto, difieren de él totalmente y pueden desaparecer por las solas fuerzas de la naturaleza. Los prácticos más hábiles opinan que el cirro verdadero no puede discernirse de los otros tumores por los progresos del mal: en éstos el cuerpo duro se disuelve, mientras que el cirro degenera en un cáncer patente. Así lo enseña el ilustre Antonio Trasmundo (*Elementos de medicina. extér.* t. 2, v. 1, cap. 18, § 220): «En el diagnóstico del cáncer, por evidente que aparezca, debe seriamente reflexionarse que cierto número de síntomas característicos del cirro son comunes á otros tumores crónicos duros é indolentes de las partes blandas: de ahí serías dificultades para el médico.» Y añade (*id.* p. 210): «Todas las durezas cirrosas, ó de mármol, si se quiere atenerse á la etimología rigurosa, pueden no ser cirros; lo mismo que todas las ulceraciones de apariencia cancerosa pueden no ser cánceres.»

2. Esto es lo que se presenta sobre todo en nuestro caso. Dicese, en efecto, que Teresa Massetti fué atacada de un doble cirro, uno en el seno derecho, y otro en el izquierdo. El primero fué extirpado por una operacion quirúrgica, mientras que el otro habia desaparecido por un milagro. Si fuese absolutamente cierto que aquella masa dura como la piedra extirpada del seno derecho fué un verdadero cirro, sería permitido sospechar que la del izquierdo era de la misma naturaleza. Pero esto no es seguro; oid sino á la misma curada, que dice: «Baruffi (uno de

los cirujanos que la asistieron, que no había tomado parte en la sobredicha operación) juzgó que el mal era un simple infarto, y extrañábase de que yo hubiese consentido en la extirpación quirúrgica del mal.»

3. Así no se comprende cómo, en presencia de tal divergencia de opiniones, se omitiera lo que podía disipar todas las dudas, esto es, el serio exámen del tumor extirpado. Convenía disecarlo, darse cuenta de su composición íntima y someterlo á atentas observaciones con el microscopio, á fin de asegurarse si contenía algunos elementos del cáncer. Mas nada de esto se hizo. El cirujano Mascetti, que extirpó el tumor derecho, se limita á señalar algunos de sus caracteres externos, y el médico Scalzaferri, encargado de la cura, prestó á ello tan poca atención, que en el acta confiesa no haber tocado siquiera con el dedo aquel tumor.

4. En defecto, pues, de los experimentos que hubieran debido hacerse en el cuerpo extraído del seno derecho, examinemos de qué naturaleza pudo ser el tumor que se declaró en el izquierdo. En vano es que nos dirijamos acerca este punto al médico Scalzaferri, quien «no recuerda si examinó ó si palpó siquiera el tumor del seno izquierdo.» Si preguntais á la curada, os contesta que hasta ignora de qué color era su seno izquierdo, y os remite al testimonio de su sobrina y de su doméstica: la primera responde que nunca vió el tumor de que se trata, y la segunda dice: «Aunque con frecuencia vi y palpé el seno izquierdo de D.^a Teresa, nunca advertí que aquella parte tuviese un color extraordinario.» Como es sabido, hay que tener en cuenta el color exterior en el diagnóstico del cirro. En cuanto al tamaño de este tumor, puede juzgarse por esta importante deposición de Irene Amoti: «Me decía (la enferma) que mientras que en el primer caso, esto es, en el seno derecho, el cirro alcanzaba el volumen de un panecillo, en el segundo no excedía el de una nuez: así continuó sin disminuir, á pesar de las esperanzas que se habían concebido, pues hasta el momento de la curación milagrosa esa nuez continuó de la misma manera, lo que sé por haberlo oído decir.»

§ 2.—*Del segundo término del milagro ó de la curacion.*

5. La curacion de que hablamos no ofrece el carácter de una obra divina, la cual es perfecta por su naturaleza,

pues no fué completa ni en el seno de la enferma ni en las otras partes del cuerpo, pues el cirujano Mascetti dice: «Quedó durante algun tiempo una pequeña dureza ó infarto en una parte de la glándula mamaria, y creo que desapareció por sí misma con el tiempo, atendido que no he oído hablar más de ella.» El mismo cirujano añade: «Como sólo he de exponer los hechos y no juzgarlos, no me atrevo á decir que la curacion fué un milagro, á causa de ese infarto.» Y si se le pregunta cómo era el infarto que subsistió, responde que era igual por lo menos á la mitad de una nuez comun, ó que equivalía á la mitad del tamaño que existía antes de la curacion. La misma curada, como hemos visto, dijo á Irene Amoti que el tumor de su seno izquierdo nunca excedió del volumen de una nuez.

6. La curacion tampoco fué perfecta en el resto de la economía, pues la misma noche de la sobredicha curacion, Irene Amoti advirtió que el color de Teresa era el mismo que antes de su enfermedad, esto es, algo amarillo. Una dama noble, la condesa Negroni, añade: «Poco á poco fué adquiriendo gordura, el estado propio de su complexion.»

7. Pero ¿desapareció por lo menos enteramente el virus mórbido á consecuencia de la curacion? De ninguna manera. Aquella á quien se tenia por curada, fué atacada primero de apoplejía y otras dolencias, y acabó por succumbir á una afección tuberculosa de los pulmones, como lo testifica el médico De Mauro. Y para que no pueda acusármese de que hablo á la ligera, escuchemos á los testigos. La sobrina de Teresa dice: «Unos dos años despues de la curacion obtenida, mi tia depuso por abajo cierta materia negruzca parecida á sangre cuajada y batida.» Otro testigo añade, «Desde la misma época sufrió otros males, y especialmente un ataque tres veces repetido.» He sabido que el cirujano Mascetti no queria librar un certificado. Doña Irene de Orozi, discutiendo en otro tiempo conmigo, mostróse incierta del milagro, diciéndome que si la curacion de la Sra. Teresa hubiese sido un verdadero milagro, no hubiera muerto tan pronto, y que á pesar de dicha curacion le quedó interiormente el principio del mal, el que se desarrolló y le causó la muerte. Otro testigo es del mismo parecer.

8. Este estado subsiguiente de salud indica, pues, si no me engaño, la curacion en el seno izquierdo de un simple infarto, que padeció ya en el derecho, en opinion

de Baruffi, cuyo infarto, largo tiempo atacado por disolventes farmacéuticos, acabó por disminuir, y desapareciendo en seguida por vía de metástasis, se derramó por las otras partes del cuerpo hasta que, apoderándose de los pulmones, hizo que Teresa sucumbiese de una afección tuberculosa.

ARTÍCULO II.

CONTESTACION Á LAS OBJECIONES DEL R. P. PROMOTOR DE LA FE.

§. 1.—Primer término del milagro, ó de la enfermedad.

1. Si se tratase de un cirro en su principio que hubiese atacado á Teresa Mascetti, la objecion propuesta en primer lugar por el ilustrisimo censor pudiera ofrecer alguna dificultad: hace observar que «sólo despues del progreso de la enfermedad el cirro se distingue de las otras durezas, pues en estas últimas el tumor se disuelve, mientras que en el cirro se transforma en un cáncer evidente.» ¿Cuál es, pregunto, la señal cierta del cirro transformado en cáncer? Un dolor agudo y punzante, como saben hasta los barberos y comadronas. Ahora bien, dejando aparte los otros testimonios recogidos en la informacion, me bastará repetir las palabras del cirujano D. Angel Mascetti: «Los dolores punzantes y agudos aumentaron de tal suerte, que la enferma no podía soportar siquiera el contacto de la mano.»

2. Paso en silencio las señales suministradas por la tez livida, la superficie ruda, la movilidad que disminuye con el tiempo, el desórden de todas las funciones orgánicas descubriendo un virus que se extendia á lo lejos, y los otros indicios de la enfermedad que el ilustre Cayetano Tancioni enumera de una manera admirable. «*A priori*, dice, reconocíase que la enfermedad de la paciente era un cirro ya adelantado, y esto segun los caracteres ciertos y físicos de la enfermedad en cuestion, caractéres que pueden resumirse brevemente como sigue: 1.º El mal se manifestó sin que los síntomas de la inflamacion aparecieran en los tejidos externos; 2.º empezó por una dureza poco ó nada sensible, pero que con el tiempo se convirtió en asiento de dolores, ardientes primero y despues punzantes; 3.º aumentó gradualmente, hasta alcanzar un vo-

lúmen notable de forma irregular; 4.º contrajo adherencias con la piel, lo que disminuyó su movilidad; 5.º por último, tenia su asiento especial en el seno.»

3. ¿Qué más? Existe una señal infalible que se muestra raras veces, tal es el retorno del cáncer despues de la extirpacion del tumor. «Algunos autores, nota perfectamente el Dr. Mascetti, considerando el cáncer como incurable, creen que cuando el mal no reaparece despues de la extirpacion del tumor no se trata de un verdadero cáncer: esta opinion me parece exagerada. Mas en nuestro caso hemos tenido tambien esta prueba, porque el cáncer extirpado del seno derecho se desarrolló más en el izquierdo, formando un cáncer oculto de peor carácter.» ¿Qué puede alegarse contra esto? La opinion del Dr. Baruffi, quien llamado al principio de la enfermedad para cuidarla, «juzgó que allí no habia más que un simple infarto.» El mismo crítico, empero, nos prepara el camino á la refutacion de esta objecion, pues nos recuerda que el cirro se reconoce por el curso de la enfermedad. Si Juan Bautista Baruffi sólo examinó los principios de la enfermedad, ¿por qué extender su opinion á sus progresos? Yo nada invento aquí: «Baruffi, dice la persona curada, me asistió poco tiempo... Luego mi primo Nicolás hizo venir al cirujano Angel Mascetti, quien continuó solo mi curacion, tanto más cuanto Baruffi no me visitaba hacia muchos dias.» Su primo, el Rdo. D. Nicolás Pitorri, refiere lo mismo: «Su antiguo cirujano era Juan Bautista Baruffi, hoy cirujano militar, en quien no tenia mucha confianza, aunque hubiese observado el mal en su principio: advertida por su médico, Félix Scalzaferri, que necesitaria de los auxilios de un cirujano, puso su confianza en el profesor Mascetti, cuyo nombre yo ignoraba. Por esto los que trataron el primer cirro lo mismo que el segundo, fueron el Dr. Scalzaferri, que ha sido constantemente el médico de la familia desde que vinimos á los Montes, el sobredicho cirujano Mascetti, y el cirujano Cayetano Tancioni.» No podia haber antitesis más notable y evidente. El crítico reclama con buen acuerdo un juicio diagnóstico formado segun los progresos de la enfermedad: Baruffi, pues, no es de ningun peso en este asunto, toda vez que sólo observó la enfermedad en su principio.

4. No sé qué más puede exigir la crítica. ¿Quiere que hagamos venir á Baruffi para preguntarle, ahora que todo está concluido, y que ha podido asegurarse de los progre-

sos del mal, de la extirpacion del seno derecho, de la reparacion del tumor en el izquierdo y de la curacion; lo que piensa por último de la enfermedad, no ya en su principio, sino muy adelantada en su curso? ¿Es acaso esto lo que exige la critica? Paréceme ver al ilustre promotor de la fe perder un poco la gravedad del censor, sonreír ligeramente, y defenderse avergonzado casi de querer una cosa tan difícil. Sin embargo, puesto que está en nuestra mano, vamos á contestarle. Véanse las palabras de Juan Bautista Baruffi, llamado más tarde á prestar testimonio: «Estoy cierto de que el primer tumor duro sobrevenido á la Sra. Teresa y cuidado por mí, fué un verdadero cirro, como lo prueba su extirpacion. El segundo, que no vi, fué tambien un verdadero cirro, puesto que sobrevino á consecuencia de la extirpacion del primero, como lo habia imaginado.» Despues de este testimonio tan claro y evidente, todo lo que puede añadirse ha de ser desechado como supérfluo.

5. Estos argumentos son tan poderosos y perentorios, que el habilísimo censor, vencido por la demostracion de los fenómenos que caian bajo el dominio de los sentidos, recurrió á los que la vista no podia naturalmente percibir. Pide seriamente instrumentos de óptica y microscopios, y se lamenta de que no fueron empleados para examinar el seno cortado y estudiar su tejido íntimo, para así asegurarse de si se encontraban en él los elementos del cáncer. A mí parecer el ilustre censor nada podia alegar que fuese más propio para demostrar la ausencia de toda objeccion séria. Desde luego, si la omision de un examen hecho con ayuda del microscopio tuviese bastante importancia para hacer vacilar y estar en duda acerca la presencia del cáncer, ningun caso debiera hacerse de la mayor parte de las numerosas curaciones de esta enfermedad reconocidas por el Santo Oficio en las causas de beatificacion y canonizacion, pues tales curaciones fueron obtenidas sin prévia incision del cirro y sin examen con el microscopio.

6. Por lo demás, los profesores de cirujía afirman que, la textura íntima del cáncer es una cosa que cae bajo los sentidos y que puede conocerse sin instrumentos de óptica. «Si se examina, dice Juan Bautista Monteggia, un tumor cirroso en este estado (*de cáncer oculto, tal como el que padecia Teresa*), obsérvanse en su sustancia interpa ciertos puntos sanguinolentos, ó sea, degenerados y cam-

biados en una sustancia blanda, fungosa, ó flúida y virulenta, ó saniosa, contenida en celullitas, que son el principio de la transformacion del cirro en cáncer. El cirro simple presenta una sustancia sólida blanquecina ó amarillenta, de apariencia lardosa ó de corteza de tocino (1).» Estas palabras están de completo acuerdo con las que el sabio autor aconseja al cirujano que haya practicado la operacion del cirro: «Examinaré dice, con suma atencion la parte cortada, á fin de notar bien si la sustancia del cáncer extirpado es de forma lardosa (*lo que indica que no sólo se trata de un simple cirro*), ó bien si contiene células huecas encerrando sangre ú otro humor líquido, ó una sustancia más blanda, llegando ya á un estado de liquidacion empezada (2),» pues tales son las señales por los que se reconoce el cáncer.

7. Siendo así, hay que tener completa confianza en los tres sujetos habilísimos que asistieron á la ablacion del cáncer. «Estaba yo presente, dice Scalzaferri, y ví hacer todo lo que se acostumbra para la extirpacion de un cirro. Una vez extraida aquella grave masa, y teniendo á la vista *todo lo que se sacó del interior*, no podia tener ya mayor seguridad respecto á la naturaleza del tumor que teniamos en nuestras manos. Pude observarlo y tocarlo, á fin de apoyar mejor el juicio que yo emiti en el curso de la enfermedad.» Angel Mascetti, que extirpó con el hierro el seno dañado, confirma nuestra opinion de un modo más preciso aún: «Despues de la operacion, que dió á conocer todo el daño causado á la parte enferma, abrimos el tumor extraido, y víose entonces que *la paciente habia sido afectada de un cirro*, y que toda la parte extraida ofrecia en algunos puntos la señal de una degeneracion inminente en cáncer. El tumor arrancado tenia dos veces la anchura de mi puño: su forma era irregular, su superficie algo rugosa y de color oscuro, y su dureza casi como de piedra.» El cirujano Tancioni, que examinó atentamente la textura del tejido enfermo, vió lo mismo. «Despues de desprenderle, dice, de los lados y la base, lo sacamos fuera enteramente, y arrancamos tambien el tejido celular infartado, que hubiera podido producir un tumor semejante al primero... El cirro entero presentaba una forma irregular, y parecia aún más voluminoso á causa del tejido enfermo adherido á él.» Como la opera-

(1) *Inst. chirurg. Path.* 1, cap. 15 § 1, 083.

(2) *Op. et cit.* § 1, 115.

ción la hizo el cirujano Mascetti, no es de extrañar que Scalzaferri, en una sesión siguiente, dijera que dudaba haber tocado el tumor con su mano. *Vi luego el cirro ya extirpado, y tal vez lo toqué con el dedo.* Basta que, estando presente, atestigüe los fenómenos que se produjeron bajo el hierro del operador. Ahora bien, que no se podía abrigar la menor duda acerca la naturaleza del mal. «Vi el cirro (dice Scalzaferri en la misma sesión) en el aposento mismo de la paciente, y realmente no podía ponerse en duda su existencia.» La misma persona curada dice: «Extirpado el cirro del seno derecho, los mismos profesores me han dicho que habían hallado en él el tejido esponjoso del cirro.» Deje, pues, la censura los lentes y microscopios, cuyo uso sería aquí completamente inútil. ¿Espera acaso encontrar en el tejido del cáncer algún animalillo semejante al sarcopito, que dicen está oculto en las vesículas de la sarna? ¡Ah! que no se inquiete la crítica buscando nuevas familias de insectos nocivos; se conocen ya tantos, que su número bastaría para aplastarnos.

8. La observación pone en duda las señales y caracteres exteriores del otro tumor que apareció en el seno izquierdo, después de extirpado el primero, so pretexto de que no los admitieron los testigos. ¿Qué cosa más débil puede inventarse que este artificio de lógica? Dice que el médico no los recuerda, que Teresa nada sabe de ella y que la sirvienta los ignora; que por consiguiente todo está envuelto en el más profundo misterio. ¿Qué puede imaginarse de más extraordinario? Pregunto, empero, cuántos testigos han sido interrogados. Diez y ocho si no me engaño. El introduccion de la causa presentó diez, cuatro fueron llamados de oficio, y otros cuatro han firmado las deposiciones. Y porque hay tres cuyas declaraciones no nos enseñan lo que desearíamos saber, ¿todo ha de darse por perdido y desesperado! Si dos testigos dignos de fe refieren lo que preguntamos, ¿no basta para que se diga que la causa está en buen camino de información?

Los cirujanos y los testigos, después de describir con cuidado el primer cirro, ninguna necesidad tenían de hablar largamente del segundo; bastábales afirmar que era semejante al primero. El cirujano Mascetti que lo vió, tocó y cuidó inútilmente, dice: *Era un hecho evidéntísimo que el segundo cirro se asemejaba al primero, y podía muy*

bien decirse que derivaba de él. Un poco más abajo añade: «El otro mal del seno izquierdo era absolutamente un verdadero cirro igual al primero... el segundo cirro había progresado mucho, y presentaba, á no poder dudarlo, los síntomas de un cáncer oculto.» El ilustrísimo Cayetano Tancioni dice con mayor extensión y exactitud: «Los caracteres que presentaba el seno izquierdo eran la dureza, el volumen y la irregularidad de un tumor igualmente canceroso, oculto en este mismo seno, sin alteración de los tejidos externos, y no podía sospecharse que fuese de otra especie.»

9. Los demás testigos están de acuerdo con los hombres del arte. El testigo diez dice: «Los caracteres, los síntomas, las señales, los accidentes, todo, en una palabra, era idéntico al primer cirro canceroso.» El testigo quinto dice también: «La descripción que he hecho, tanto del primero como del segundo cirro, no ofrece otra diferencia que la de que el segundo era más adelantado, grave y peligroso;» A lo que añade el testigo octavo: «Todos seguimos atentos el curso del mal, temiendo seriamente que se desarrollase un cirro no menos grave que el primero, como en efecto fué así, pues el tumor fué aumentando como el primero, con los mismos síntomas, los mismos caracteres y las mismas incomodidades para la enferma, y aún llegó á ser más grave.» Por último el testigo tercero dice: «El desarrollo de este tumor fué semejante al del primero: los mismos dolores aumentando sin cesar, los mismos lamentos continuos de mi tía, y así de lo demás.»

10. Respecto al color lívido y violado del tumor, ya he producido las deposiciones que lo afirman claramente; pero para apreciarse cuán malo era interiormente el cáncer izquierdo, no es preciso fijarse en el cambio del color de la piel, basta advertir sobre todo lo que los hombres del arte han indicado del mal carácter de un cáncer que renace, y de los desastrosos efectos que produce. «Aunque el segundo cirro, dice sabiamente el profesor Mascetti, cuando pude palparlo, presentaba menor volumen que el primero, esto no impide que fuese de peor carácter, lo que está en la naturaleza de esta clase de males; pues cuando se ha tratado un primer cirro por medios violentos, el segundo se irrita más.» En seguida añade: «Los síntomas del segundo cirro fueron más violentos, y por lo mismo la sensación de calor era más viva, las punzadas más profundas, y el dolor más intenso y sensible: la pa-

ciente no podía, como tengo manifestado, soportar el más ligero contacto en el seno; el dolor se extendía al brazo correspondiente, y los movimientos de éste eran más dolorosos que cuando el primer cirro. Esta agravacion era tan progresiva y fuerte, que en los últimos dias se hizo inaguantable.» Así los doctores Scalzaferri y Tancioni declararon que el caso era desesperado. El primero habla así: «Cuando advertí la existencia del segundo cirro no habia esperanza de salvar á la enferma... Como ya dije varias veces en otra sesion, sabia que el mal era irremediable, tanto más cuanto tenia como prueba una de mis inquietudes que habia tambien sufrido una operacion, mas habiéndose declarado otro cirro en la parte opuesta, no hubo remedio posible y succumbió.» El segundo refiere que dijo al cirujano Mascetti, que «la cosa habia llegado á un estado casi desesperado, y que si fuese preciso proceder á nueva operacion, de ningun modo seria beneficosa.» La misma sintió que su segundo mal era más cruel y violento que el primero: «El cirro del seno izquierdo siguió un curso más violento y rápido, y produjo efectos más dolorosos: las punzadas más profundas eran para mí una prueba de que el seno izquierdo estaba más atacado que el derecho... El volúmen de aquel iba aumentando cada vez más y rápidamente.» Así el estado general de la salud estaba más quebrantado y turbado que en la primera enfermedad. Como ya he descrito esto extensamente en la informacion, gustoso me abstengo de la repeticion cansada de las mismas cosas.

11. Todo lo dicho prueba muy bien á cualquiera persona de buen sentido, que la naturaleza de la enfermedad era malísima, aun cuando se creyese que el cáncer del seno izquierdo fuese de menor tamaño que el del derecho. Pero que á nadie escape esa nuez, tomada de Irene Amate, y que la crítica cogee de no sé qué cesto: recordaré que esta deposicion es relativa á las confidencias que una mujer sin instruccion recibió de la misma Teresa Mascetti. *Puedo saberlo, dice, por haberselo oido decir.* Teresa fué interrogada primero en el proceso; se acuerda de la nuez, y explica con toda claridad cómo la cosa tuvo lugar: «La noche que precedió á la beatificacion del venerable Labre, cuando iba á acostarme, tomé el vaso de que se sirvió, y lo apliqué al seno izquierdo, de manera que estuvieran perfectamente en contacto. Dicho vaso, de forma semiesférica, tiene en su parte hueca medio palmo de diámetro y un

cuarto de profundidad. Añado que este mismo seno, que estaba muy hinchado, tenia en el centro varias prominencias, y una mayor, igual al volúmen de una nuez gruesa. Aquellas prominencias no parecian reunidas, sino distintas unas de otras. Es todo lo que puedo decir.» «Quién no ve que esta señora describe simplemente la naturaleza del tumor canceroso, el que por lo comun presenta gibas desiguales y se compone de gran número de durezas? *El asiento del mal se hincha con desigualdad,* dice Heister (1); y Scarpa añade: *El todo es como un compuesto de gran número de pedazos conglutinados* (2). La nuez gruesa era el centro del tumor. Pero ¿se mide siempre la magnitud de una masa ó de un lugar desde su centro? Porque Delfos era el centro de la Grecia, ¿toda la circunferencia de la Grecia habia de ser forzosamente igual á la de Delfos? Añadid á esta nuez que estaba en el centro, las partes próximas y lo que le está pegado, y no os asombrará que el segundo testigo haya dicho: «El tumor era semejante al primero, y tenia el volúmen de un limon grande.»

§ 2.—*Del último término del milagro ó de la curacion.*

12. El crítico pretende que la curacion de Teresa fué imperfecta, y se apoya en esta deposicion del cirujano Mascetti: *únicamente le quedó durante algun tiempo una dureza pequeña ó infarto indolente en cierta parte de la glándula mamaria.* La enferma dice que esta dureza era del tamaño de media nuez comun, de donde nuestro adversario concluye que quedó la mitad del grueso que existia antes de la curacion. Pasando por alto todo lo que acabamos de decir acerca el tamaño del tumor, antes de la curacion, supongamos un momento que esta mitad de la nuez era igual á la mitad del primer tumor. Si decimos que aquello era un resto del cáncer, veréis los numerosos escollos contra los cuales chocaríamos.

13. Desde luego la curacion de un cirro, por la disminucion súbita y espontánea de la mitad de su tamaño, es cosa nueva y del todo inaudita en los anales de la medicina, y que no puede conciliarse con la naturaleza tal como se le conoce, ni con la violencia de un mal tan funesto. Véase lo que de éste dice Ranzi: «Fijando nuestras ideas sólo en la cosa, esto es, en la naturaleza del mal

1. Heister. *Inst. chirurg.*

2. *Memoria sullo scirro et sui cancro.*

canceroso... investiguemos si hay algo constante, fijo é inmutable en estas dolencias, que permita establecer algunos caracteres inequebrantables y permanentes que hayan atravesado todos los tiempos y todas las escuelas, sin experimentar cambios, y que duraran tanto como el cáncer continua siendo el azote de la humanidad. Esta enfermedad presenta siempre una serie de producciones accidentales, algunas de las cuales se desarrollan en nuestros tejidos *procediendo sorda y lentamente*. Su desarrollo oculto *tiende á invadir las partes circunvecinas*, en medio de las cuales empujan en alguna manera, apropiándose las, transformándolas y hundiéndolas en su propia naturaleza: entonces estas partes así desorganizadas encuéntranse en breve en estado de ulceracion: *la enfermedad, progresando, sale de sus primeros límites*, y extiende más lejos sus funestas influencias, dando nacimiento, en los otros tejidos, á la misma produccion anormal, por los mismos procedimientos, ocasionando en toda la economía una transformacion tal, que el organismo es, por así decirlo, envenenado en todos los puntos en donde se han desarrollado aquellos particulares productos... Hé aquí lo que encontramos constante en las afecciones cancerosas. De ahí procede que se nos revelan más *por su curso*, por el modo de invasion, *por su progreso y fin*, que por su forma (1). «Luego toda disminucion, todo debilitamiento, toda suspension en esta enfermedad es contraria á la observacion y experiencia de todos los siglos.»

14. Siguese de ahí que, si la enfermedad hubiese persistido en la mitad del tumor, todos estos fenómenos hubieron debido persistir igualmente, aunque en menor grado... y lo cierto es que todos desaparecieron, lo que ha sido claramente demostrado por esa falange de testigos que no admite excepcion. ¿Hubo por ventura una causa sin efecto, una enfermedad sin síntomas, una cosa significada sin los signos necesarios? Más fácil sería imaginar una lámpara iluminada sin luz, y carbones ardiendo sin calor, que un cáncer sin los fenómenos que por lo comun lo acompañan. Si la dureza que quedó debiese atribuirse al cirro, *hubiera producido*, como oportunamente observa Ángel Mascetti, *efectos proporcionales*.

15. Pero suponed, si os place, que Dios, infinitamente bondadoso, sólo hubiese querido conceder medio milagro, al revés de lo que hace siempre. En tal caso, aquel

(1) *Lez. di medio, oper. t. 2, lec. 5.*

núcleo hubiera sido canceroso. Pero Teresa vivió más de cinco años despues de la curacion, y durante todo este tiempo el cáncer no dió señales de vida: «Desde su curacion milagrosa hasta su muerte, nunca se observó en la señora Teresa indicio alguno que pudiese hacer sospechar que todo el cirro no hubiese sido radicalmente quitado (1).» ¿Podía suceder que esta media nuez, si hubiese sido cancerosa, quedase tan largo tiempo en reposo, sin desarrollarse de nuevo su violencia y sin crecer, sobre todo despues de haber sido dominada dos veces? Nadie habrá que lo crea. Cayetano Tancioni dice: «No advertí que quedase alguna dureza en el seno izquierdo, la que por lo demás no puede destruir el milagro, pues si hubiese sido una parte del tumor del cirro, despues de siete meses próximamente, hubiera reproducido el cirro con mayor violencia, haciéndose sin duda incurable. Por lo demás la Sra. Teresa, segun he sabido, no estuvo más sujeta á ninguna clase de cirro.» El excelentísimo Mascetti es de este parecer: «La dureza que quedó sólo era un simple infarto que no presentaba del todo el caracter del cirro; de otro modo se hubiera desarrollado con el tiempo.» El sábio De Mauro, preguntado acerca si debía atribuirse la curacion de Teresa á un milagro, ha dicho: «En este caso, puesto que el cirro desapareció en un instante, sin que volviera á reproducirse, eso no pudo verificarse sino por una fuerza sobrenatural.» Más aún; ha añadido: «Estoy particularmente cierto de que dos dias antes de su muerte sus senos no tenían vestigio alguno de cirro: la palpé atentamente para examinar, por la percusion y la auscultacion, el estado de su pulmon, y no hallé ningun tumor ni dureza; si la hubiese habido, no cabe duda que lo advertiera, porque los pechos estaban flojos á causa de su enflaquecimiento.» Luego, se dirá, con el tiempo abrióse el cáncer y desapareció. «Semejante suposicion, dice Baruffi, es del todo absurda, é inadmisibile para la ciencia, porque un verdadero cirro no puede disolverse, á causa de ser su sustancia como la de la piedra. Si alguna vez sucede que una dureza semejante á un cirro se disipa, entonces hay que decir que no era un cirro, que es irresoluble por su naturaleza.»

16. Añádase á todo esto que aquel tumor era muy distinto del tumor duro como la piedra que constituye el cirro, como lo certifican unánimemente el médico Scal-

(1) Testimonio del Rdo. Antonio Paetelli.

zaferri y el cirujano Mascetti, el primero de los cuales dice: «Quise hacer entonces un experimento: observé y palpé el seno izquierdo de la persona curada, y reconozí que no había celular, pero repito que no era ni sombra de cirro.» El segundo, después de decir que el tumor no ofrecía el carácter de un cirro, añade: «Escudriñé el cirro que se formó en otro tiempo en el seno izquierdo: la glándula mamaria había adquirido una dureza de piedra; pero esta dureza, ó si se quiere, esta especie de petrificación había desaparecido, y encontré dicha glándula en su estado ordinario, excepto el infarto indicado.» Este tumor de ningún modo debía ser un resto de la enfermedad; así como si de un terreno se arranca una masa de piedra y luego se encuentra en él un terrón, ¿quién se atreverá á decir que la piedra no ha sido perfectamente levantada, y que queda de ella un fragmento en el terrón dicho?»

17. Si queremos, pues, quedar satisfechos, para explicar el hecho de este tumorcito, es preciso razonar sobre algo creíble y verosímil. El ilustre profesor Tancioni decía con exquisita prudencia, hablando en general del presente asunto: «En la hipótesis de esta dureza, ciertamente no podía ser de naturaleza cirrosa, pero si una dureza natural y congénita como las verrugas, los nodos, los lunares, etc. Podía ser un callo temporal, desvaneciéndose con el tiempo, y del todo independiente de la primera enfermedad, que fué el objeto del milagro de que se trata. Además, un movimiento irregular, el cuerpo barto apretado, un ligero golpe, un roce sobrado fuerte en el seno, áun el simple contacto del agua fría, ó una supresion del sudor, bastaban para producir esa nudosidad ó dureza.» Como, segun el testimonio de Mauro citado más arriba, es evidente que aquella desapareció con el tiempo, hay que recurrir á las causas que, segun el sabio cirujano, producen tales durezas temporales; y puesto que cita sobre todo los golpes y frotaciones, conviene examinar si existieron estas causas. Desde que Teresa advirtió la desaparicion del mal, empezó á golpearse fuertemente el seno, á fin de patentizar la victoria alcanzada sobre el enemigo. «Desde entonces, dice el testigo séptimo, esto es, desde que la Sra. Teresa, habiendo descubierto la parte enferma, se cercioró del hecho de la curacion, la he visto ir y venir alegre y contenta, golpeándose fuertemente con la mano la parte izquierda del pecho, en el mismo lugar

donde tuvo el cirro, mientras que antes apenas podia tocarla ligeramente.» El testigo quince añade: «Le volví á ver por la noche en casa; ya no iba encorvada; andaba, repitiendo que se encontraba muy bien, y para mostrar que estaba perfectamente curada, hería la parte en otro tiempo enferma.» El testigo diez y siete declara así: «Doña Teresa se me acercó, diciéndome gozosa que estaba curada, y para probarlo se daba golpes en el pecho.» El tercer testigo le preguntaba chanceándose si queria dar lugar á nuevos milagros. «Viéndola herirse así el pecho y publicar el milagro, le decíamos que habia obtenido de gracia y no por fuerza que el Bienaventurado le otorgase sus favores.»

18. A esos golpes que se dió asimismo hay que añadir las fuertes presiones de la mano del cirujano. El mismo Angel Mascetti lo confiesa: «Al oír el relato de la Sra. Teresa palpé la parte anteriormente enferma, y pude hacerlo sin que aquella experimentase dolor alguno: la palpé con un cuidado que rayó hasta el escrúpulo, estrechando tanto como pude. No se quejó lo más mínimo, á pesar de que tales presiones eran bastante fuertes para producir una sensacion desagradable en un pecho sano;» lo que confirma tambien el primo de la curada: «Para asegurar el hecho de tamaña curacion, resolví apelar al cirujano que le asistió, no recuerdo si el dia siguiente ó el otro. Vino y examinó el seno curado; diré más, lo maltrató en alguna manera por compresiones repetidas, casi amasándolo sin compasion.» La misma Teresa temió que esas presiones hiciesen renacer la enfermedad, pues dice: «No se contentó con tocarme ligeramente, sino que, á decir verdad, empezó por comprimirme el seno, y aunque no experimenté dolor alguno, le dije: ¿Queréis acaso que me repita el mal por fuerza?» Si el seno así atormentado hubiese podido hablar, hubiérase quejado con Job: *Mi fortaleza no es la de la piedra, ni mi carne es de bronce.* ¿Nos asombraríamos si después de lo que se ha dicho acerca las causas tan á propósito para dar nacimiento á un tumor, se produjo un efecto conforme? Más aún, ¿no es asombroso que no volviera el cáncer en la region que hacia poco habia abandonado, cuando imprudentemente se obraba todo lo que podia hacerle renacer?»

19. Desvanecida esta dificultad, excusado es que la oposicion acuse, como señal de un resto de enfermedad, el color amarillo que se dice tenia aún Teresa al volver de

la basílica Vaticana después de su curación. «No había llegado aún á su habitación, dice Irene Amati, cuando subiendo la escalera al volver de San Pedro topó conmigo; llevaba todavía puesto el traje de la calle. A pesar de saber yo por qué causa había ido á San Pedro, al verla moverse y oyéndole hablar de un modo des acostumbrado, creía al pronto que estaba loca, pero cuando hubo referido mejor el caso, y reconocí que su estado era muy distinto del lamentable en que se encontraba anteriormente, pues parecía encontrarse buena, y por más que el color de su rostro fuese aún el mismo, es decir amarillento, me persuadí de la verdad de sus palabras y le dí la enhorabuena.» Bueno es preguntarse desde luego en qué momento Irene vió volver á Teresa. *Regresaba á su casa por la noche, y la encontré á la puerta de su habitación*, dice. ¿Qué debe entenderse por la noche? ¿Era á la hora del crepúsculo? ¿á la luz de las lámparas, en medio de la noche? ¿á hora adelantada? Otros testigos declaran que era á la una de la noche. Irene, pues, con una luz en la mano, encontró á Teresa subiendo la escalera, desde el piso interior, y creyó poder, por medio de esta luz, reconocer y caracterizar el color de su rostro? ¿Acaso no sabemos todos que á tal hora, y con luz tan insuficiente, todos los rostros aparecen macilentos y pálidos, por cuya razón los comediantes y otras gentes por el estilo se pintan las mejillas y la boca con minio y bermellón, á fin de aparentar un rostro en que *la blancura del lirio se mezcla á la púrpura de las rosas*? ¿Qué pudiera deducirse de ello, por otra parte, puesto que el color natural de Teresa era amarillento, aun cuando se encontraba buena, como lo declaró De Mauro, diciendo: *Doña Teresa era de constitución algo débil, y de tez siempre terrosa*? ¿Cómo, pues, formular un juicio por el aspecto de Teresa al verla Irene durante la noche? Aguardemos que luzca el alba, y comparáremos el fresco color que brillará por la mañana, con el que la miraculada tenía durante su enfermedad.

20. Cuando Teresa estaba enferma, *parecíase á un cadáver... El color de su rostro era cadavérico*. Mas el día siguiente al de la curación la señora condesa Negroni quedó no poco sorprendida viendo el cambio de color de su rostro. «No estaba ya, dice, encorvada como antes, sino alegre y sonriente, y su tez revelaba salud. La hija de su hermana confirma lo mismo: «Vi á mi tia completamente diferente de lo que fué durante su enfermedad, y en el

estado de una persona en perfecta salud, estado natural á su constitucion, tal como lo tenia antes de contraer la enfermedad: su tez era sana, y no amarilla como antes.» D. Antonio Pacetti confirma este hecho cuando dice: «Habia adquirido mayor fuerza, á proporcion de su temperamento, y además su tez era la de una persona que goza de buena salud.» Su primo, que es muy experto, y que la vió, no pasar á la luz de una lámpara, sino sentada á la mesa en pleno dia, y que la observó atentamente, certifica que «todos los fenómenos que acompañan y demuestran el cirro canceroso, á saber, los dolores, el enflaquecimiento, la curvatura del cuerpo, *la tez amarilla* y demás afecciones, *toda habia desaparecido*, no de un modo insensible, sino súbitamente, antes de comer en casa Pelami.»

21. Valga todo lo dicho para restablecer la verdad. Por lo demás, aun cuando se pretendiese que la coloracion propia de la salud volvió insensiblemente, esto en nada perjudicaria la grandeza y perfeccion del milagro. Pues el color, lo mismo que el recobro de fuerzas y otras cosas de este género, sobre todo en enfermedades que no pueden ser curadas naturalmente, aun cuando volviere poco á poco y al cabo de algun tiempo, en nada infrmarian la integridad del milagro, conforme esta doctrina de Zacchias: *No es una dificultad el que despues de la curacion de la enfermedad principal, queden algunas secuelas de las que el enfermo no se vea libre al momento: basta que á la invocacion del Siervo de Dios haya desaparecido súbitamente todo lo que la enfermedad tiene de serio y grave*. No cabe duda que habia desaparecido toda la gravedad de la dolencia, y si nuestra Irene hubiese aguardado el fin de las vivas emociones que le hacian creer que *Teresa estaba loca*: si hubiese aguardado á que gozase de las dulzuras del sueño despues de la cena, y que hubiese derramado su luz el sol que dispensa los colores y los hace visibles, hubiera advertido, con los otros testigos, en el rostro de Teresa una coloracion que respiraba la salud.

22. La critica soporta con pena que Teresa no se volviese instantáneamente gorda y obesa, sino que *recobró poco á poco la gordura*. Paréceme que basta ir á pretender que un anciano, si curase por milagro, fuese al mismo tiempo rejuvenecido. Pero ¿tratamos de la curacion del cáncer ó de la resurreccion general de los muertos? El Señor dice, hablando de ésta: *Haré crecer la carne en vuestros huesos*. Mas en las curaciones, aun de tercer gé-

nero, la exigencia más severa nunca ha pedido ese nuevo milagro del poder creador. Confúndese aquí con mucha sinrazón dos fenómenos del todo distintos, suponiendo que el uno es complemento del otro. El aumento de la nutrición ninguna relación tiene con la entera y perfecta destrucción de la enfermedad, así como la reedificación de casas destruidas por un enemigo ninguna relación tiene con una victoria completa alcanzada sobre el mismo. En la idea de curación de la enfermedad están comprendidos el restablecimiento de la economía de la vida animal que había sido turbada, y la destrucción de la causa morbífica. Mas en la idea de nutrición se contiene el acto último y final de los cinco aparatos fisiológicos, que por sus acciones correspondientes constituyen el cuerpo humano y le dan vigor. Los alimentos sufren una especie de metamorfosis que ningún naturalista ha podido nunca explicar. La nutrición, dice Beclar, *considerada de una manera general, consiste en una serie de transformaciones sucesivas que sufren las sustancias nutritivas, desde su entrada en el organismo hasta su salida* (1). Y el sabio Descuret dice: *Si la luz de la fisiología se extingue, nada puede iluminarnos acerca de la acción molecular, que se verifica en la íntima estructura de los órganos, cuando identifican en sus tejidos el fluido nutritivo para renovar las partes secas ó muertas que hubieran aumentado indefinidamente el cuerpo* (2). No cabe duda que Dios puede hacer que estas acciones produzcan sus efectos en el acto y que la materia de nuevo preparada envolvese súbitamente los huesos; pero ¿es esto necesario para que pueda decirse que la enfermedad ha sido completamente alejada? Siempre que los médicos curan enfermedades con remedios humanos, dícese que la curación buscada es perfecta, aunque el médico *no haga crecer las carnes sobre los huesos de los enfermos* (lo que no puede producir con su arte, porque ignora cómo se realiza esto); ¿por qué, pues, exigirlo en una curación verificada por un milagro? Si el enunciado de un milagro fuese éste: *milagro de una curación perfecta instantánea; un modo de curación diferente, lo mismo que el autor del milagro quedarían sobreentendidos; pero respecto á la noción de la curación, como tal curación, debe quedar la misma, y la misma también que las de las curaciones operadas por los hombres.*

(1) Beclar, *Traité élém. de physiologie*, lib. 10, cons. 6, n. 8.

(2) Descuret, *Mémoires du corps humain*, cap. 4.

23. Este criterio abre el camino á la refutación de la objeción contenida en los dos últimos párrafos de las observaciones críticas: *Aquella que se decía curada, dice el censor, ha estado sujeta á un ataque de apoplejía y á otras enfermedades, y murió de una tisis pulmonar*. Esto nada prueba contra la integridad de la curación, pues todos los que han curado, de cualquier modo que sea, natural ó sobrenaturalmente, tienen que morir, áun cuando ninguna causa exterior ocasione su muerte violenta. Todos están sujetos á alguna enfermedad que les saca de este mundo. Seguramente el promotor de la fe, tan notable por su sabiduría, no parará mientes en esta consideración hecha con ligereza por la esposa del artesano Horacio: «Si la curación de D.^a Teresa hubiese sido obra de un milagro, no hubiera muerto tan pronto.» Primeramente, hay que recordar que vivió *AÚN CINCO AÑOS Y MEDIO*; y luego, no puede ser más ridícula la pretensión de juzgar de la verdad y de la integridad de un milagro según el tiempo que la persona curada continuó viviendo. Pablo de Maximis fué llamado de nuevo á la vida por Felipe Neri, y cada año Roma celebra la memoria de este hecho, á pesar de que todos sabemos que aquel jóven murió de nuevo poco tiempo después. ¿No sería sobremanera ridículo decir que si tal milagro hubiese sido verdadero, no hubiera muerto Maximis tan pronto? Cualquiera que sea la opinión de aquella pobre mujer, la sagrada Congregación se apoya en otro criterio. Hay más aún; si quiere adoptar lo que pensó Irene después de reflexionar, no dejará de convenir en que hubo verdadero milagro, puesto que ha dicho: «Por lo poco que puedo comprender, creo en el milagro.»

24. No insistiendo más sobre esto, lleguémonos más particular é inmediatamente al hecho. ¿Con qué razón la crítica concluye que la curación no fué entera y perfecta porque sobrevinieron enfermedades? A fin de no perder inútilmente el tiempo, dejémosla exponer por sí misma toda la serie de su argumentación. «Si se recobró la salud fué, á no engañarme, porque sólo se trataba de la curación *de un simple infarto* en el seno izquierdo, infarto de que ya estuvo afectada en el seno derecho, en opinión de Baruffi, y que después de haber disminuido á fuerza de remedios disolventes, desapareció de pronto *merced á una metastasis*, yendo á atacar otras partes del cuerpo, hasta que, introduciéndose por último en los pulmones, hizo

morir á Teresa de una tisis tuberculosa.» Todo depende, pues, de un nuevo diagnóstico de la enfermedad, diagnóstico defendido con la autoridad de Baruffi. Esta metástasis descansa en la suposición de un simple infarto; pero ha sido demostrado con toda claridad, tanto en la información de la causa como en las contestaciones precedentes, que la enfermedad de Teresa fué un verdadero cáncer y semejante al primero. Respecto á la opinión de Baruffi, ya hablé de esto en mi contestación al párrafo 3.º de las observaciones críticas, y he demostrado con sus propias palabras lo que pensó de la enfermedad más adelantada: así basta volver al diagnóstico del cáncer para desvanecer la objeción. El Dr. Mascetti, que después del milagro vió con frecuencia á la persona curada, no descubrió en ella ningún síntoma que indicase de un modo cualquiera un resto de virus morbilífico: «Aunque tuve ocasión de ver á menudo á D.ª Teresa antes de su muerte, á la verdad nunca advertí cosa alguna que me pudiese hacer concluir que quedó en ella la causa morbilífica de un cirro. Las afecciones mórbidas que observé en ella dependían, á mi parecer, de sus predisposiciones á los ataques de apoplejía, tanto más cuanto probablemente padecía de algún desorden en el organismo del corazón.

25. Lo que ahora más importa es que debe necesariamente desecharse toda idea de metástasis respecto al cirro y al cáncer, pues se opone á la naturaleza de estas enfermedades. Podemos invocar aquí, por así decirlo, la declaración del cuerpo médico-quirúrgico. El ilustrísimo D. Pedro de Mauro nos dice: «Admitiendo que doña Teresa tuvo realmente un cirro en el seno, y que este cirro se convirtió en un cáncer oculto, la última enfermedad no puede ser una consecuencia de este mismo cirro, atendido que no puede ser curado por resorpción ni por metástasis, porque en el verdadero cirro se forma una alteración de los tejidos que adquieren una dureza corrosiva, que por su naturaleza no puede cesar por absorción ni por metástasis.» D. Nicolás Bianchi compara muy á propósito esta metástasis ficticia á la traslación de un hueso de un lugar á otro. «Por mi parte, dice, si lo que se me ha manifestado es cierto, esto es, que D.ª Teresa habia sufrido ya la existencia de un verdadero cirro, y que después se desarrolló otro en el otro seno, el que no consistió en una simple dureza cirrosa, sino en un verdadero cirro degenerado en cáncer; si en tales condiciones tuvo lugar una cura-

cion instantánea, no puede dudarse del milagro sin renunciar á los principios del arte médico, pues cuando el cirro ha degenerado en cáncer, es porque se ha producido ya en el tejido una grande alteración, la que no puede desaparecer por medio de una crisis cualquiera que sea; por lo mismo el mal no puede ser transportado de un lugar á otro, así como en la máquina humana un hueso no puede ser transportado de un lugar á otro.»

26. El respetabilísimo profesor Tancioni explica de una manera no menos grave y profunda la íntima razón de la imposibilidad de esto. «En las enfermedades orgánicas, dice, no existen crisis ni metástasis.» Establecida esta proposición, lo demuestra con tanta claridad y limpieza, que hasta los que nunca han entrado en el templo de Esculapio pueden fácilmente percibirlo y comprenderlo, pues añade: «Para comprender bien esta proposición, hay que recordar que una enfermedad orgánica es la que ataca la textura íntima de un órgano, de modo que altera sus funciones y áun las hace cesar momentáneamente ó para siempre. Es evidente, pues, que esta enfermedad no pueda transportarse de un lugar á otro, por la simple razón de que consiste en la alteración de las partes orgánicas que componen la viscera: por ejemplo, una enfermedad orgánica del corazón puede llegar á tal estado que produzca una dilatación enorme de las paredes, dilatación que no puede ser transportada á otra viscera: así sucede en nuestro caso del cáncer: es una degeneración de las glándulas conglomeradas, degeneración tal que da nacimiento á un nuevo compuesto que los prácticos llaman cáncer. ¿Cómo tal trabajo verificado muy profundamente á costa del cuerpo glandular, pudiera trasladarse á otra parte y producir así la metástasis? La experiencia prueba, por decirlo todo en una palabra, que esto no sucede nunca.»

27. El Dr. Scalfazzeri está de acuerdo con este sapientísimo médico, al expresarse en los siguientes términos: «No puede decirse que la segunda enfermedad fué metástasis de la primera: pues sobrevino mucho tiempo después. Además, como ya he dicho, estoy completamente persuadido de que el mal de la Sra. Teresa en el seno izquierdo era un verdadero cirro, como lo fué el del seno derecho. Esto no pudo ser efecto de una metástasis, que no se hubiera verificado sino en el caso de que se hubiese tratado de un falso cirro, esto es, de un simple infarto

de la glándula.» ¿Qué más? El mismo Baruffi, á quien los contradictores toman por jefe y guía, ha convenido formalmente en que, aun en la hipótesis ficticia de la metástasis, no podía explicarse la derivación de las enfermedades subsecuentes del cirro que habia precedido. «La muerte de Dña. Teresa, dice, suponiendo una metástasis, de ninguna manera puede proceder del cirro, pues habia que suponer que este mismo se disolvió, y que esta disolución, absorbida por la sangre, hubiera en seguida constituido un virus (esto es, una degeneración de los líquidos) que pasando de un sitio á otro se echaría en el pecho. Mas tal suposición es del todo absurda, y la ciencia no puede admitirla, pues un verdadero cirro no puede fundirse á causa de su sustancia pétre.» A cualquier lado que se vuelva el crítico, encuentra obstáculos insuperables, y no puede ser de otro modo, pues las obras de Dios tienen un sello tal y tales señales de perfección, que manifiestan á las claras la mano de su perfectísimo Autor.

• Nuevas observaciones críticas del reverendo Padre Promotor de la fe.

1. Desde luego, en las deposiciones de los testigos los reverendísimos Padres han advertido ciertamente muchas anomalías que no han podido escapar á su atención siempre vigilante y perspicaz. Vense en ellas contradicciones, en flagrante oposición con la verdad, cuya defensa tomamos. Así Teresa Massetti certifica que en el más fuerte paroxismo de su mal se encontraba mejor, acostada en el lecho. «En la cama, dice, no padecía tanto; podía acostarme no sólo del lado derecho, de donde se habia extirpado un cirro, sino tambien del izquierdo, asiento del mal.» El tercero y cuarto testigos, al contrario, declaran que Teresa, cuando estaba en cama, sentia mas vivamente todas las incomodidades y sufrimientos de su mal. Así Ana María su sobrina, que la asistia, dice: «Por la noche se acostaba contra su voluntad, á instancia nuestra, y la veíamos muy apenada, porque el lecho aumentaba sus padecimientos: declanos que no podia dormir en toda la noche.» Nicolás Pittori dice asimismo: «La permanencia en cama era dolorosa, y sé que no podia estar en ella.» Presumo que nadie dudará en preferir el testimonio de la enferma, que sabia

mejor que nadie lo que le sucedia cuando estaba acostada, al de los testigos, cuya version, como hemos visto, es completamente distinta de la suya. Ahora bien, aunque importa poco al fondo de nuestra causa el saber si una mujer enferma sufre más ó menos en el lecho, no es menos cierto que de tales contradicciones en los testigos, en buena ley puede suponerse que éstos exageran la gravedad del mal que aquejó á Teresa, y por lo tanto no pueden inspirar mucha confianza, pues aquel que exagera un hecho al referirlo, no puede ser, segun el adagio comun, ni buen testigo ni buen historiador.

2. No debe menos sospecharse de la veracidad de esos testigos que acompañaron á la enferma y se encontraban á su lado cuando, habiendo sido transportada á la capilla Vaticana, fué en un instante maravillosamente curada. Segun su relato, Teresa Massetti, atacada de un cirro, se quejaba, antes de su curacion, de dolores agudos y frecuentes; no tenia fuerzas, la respiracion era penosa; el andar exigia grandes esfuerzos, y repugnábale el poco alimento que tomaba. Además su rostro aparecia tan fatigado y pálido, que parecia un cadáver, segun frase de los mismos testigos. El mal llegó á tal grado de gravedad, que aquellos mismos que habian emprendido su curacion, desesperaban completamente de salvar á la enferma. Así desahuciada de los hombres, Teresa levantó su corazon al cielo y empezó á invocar el valimiento del venerable Benito José Labre. El 20 de mayo de 1870 fué en coche á la basilica Vaticana, donde se tributaban los honores solemnes de la beatificación á su Patron. Mientras que asistia á esta solemnidad, en el momento en que fué descubierta la imágen del Bienaventurado desaparecieron los dolores de Teresa, quien recobró sus fuerzas, salió del templo con sus parientes, testigos del hecho, y se dirigió á pié á casa de Juvenal Pelami. Allí se sentó alegremente á la mesa con los otros convidados, y comió con ellos: luego volvió á la iglesia, y regresó á su casa con paso siempre ligero. Ahora bien, puesto que se obró en Teresa una transformacion tan extraordinaria y prodigiosa, ¿cómo es que ninguna de las tres personas que la acompañaban demostró entonces el vivo asombro que debió causarles la vista de semejante transformacion? ¿Cómo nadie se fijó en curacion tan repentina? ¿Cómo, por último, nadie abrió la boca acerca tan prodigioso suceso, antes que la enferma, de regreso en su casa, declaró la pri-

mera que estaba curada? A la verdad, de este inexplicable silencio de los parientes legítimamente puede inferirse ó que Teresa no padecía tan grandes dolores como se quería suponer, ó que esos dolores no desaparecieron en un instante, durante la celebracion de la grande solemnidad.

3. Más todavía: existe tal divergencia entre el relato de Teresa y el de su sobrina, respecto á esa curacion, que nos vemos forzados á abrigar dudas acerca la realidad de este acontecimiento inesperado y prodigioso. La enferma despues de su curacion declara lo que sigue: «Aquel día me encomendé sin cesar al bienaventurado Labre, diciéndome únicamente que no quería que me operasen. Por lo demás, estaba como enajenada, hasta el punto de que no advertí que se hubiese descubierto el cuadro del Bienaventurado. Mi sobrina me lo hizo observar; entonces empecé á mirarle, y no sabia apartar de él mis ojos.» La sobrina, por su parte, refiere el hecho de distinto modo: «Entramos con los billetes en el recinto reservado á las mujeres: fijé toda mi atencion en las ceremonias, y no me ocupaba de mi tía que estaba junto á mí. Cuando descubrieron el cuadro, al principio del *Te-Deum*, me manifestó su extrañeza de que ya hubiesen descubierto al Bienaventurado, pues nada habia advertido de todo lo precedente. De todo lo que deduje que hasta entonces habia dormido, tanto más cuanto me dijo que yo la habia despertado.» Claramente, estas deposiciones de la miraclada y de su sobrina se contradicen hasta tal punto, que no es posible saber quién de las dos dice verdad, y por lo tanto no es permitido establecer sobre tales testimonios la instantaneidad de la curacion.

4. Si ahora examinamos los testimonios de los hábiles médicos que asistieron á la enferma, tampoco encontraremos en ellos lo que es preciso para establecer un verdadero diagnóstico de la enfermedad. Así el médico Félix Scalzaferri, llamado á tratarla, nunca examinó seriamente el cirro sobrevenido en el seno izquierdo, y segun sus propias palabras no ordenó los remedios convenientes: «Unos tres meses despues (despues de la ablacion del cirro del seno derecho) acusó de nuevo un mal semejante, no en el seno derecho, sino en el izquierdo. A esta noticia confieso la verdad, formé inmediatamente un mal pronóstico, y es que no habiendo sobrevenido la enfermedad anterior á consecuencia de una causa extrínseca, sino de una diá-

tesis cirrosa, ésta subsistia entera y se fijaba en otro punto. No tuve, pues, valor para emprender ningun tratamiento, y procuré más bien evitarlo, pues habia visto otros casos semejantes de cirros reproducidos despues de una operacion, y que siempre terminaban en un cáncer irremediable. Por esto no me informé de este segundo mal, como lo hice con el primero, pero con todo estoy cierto de su existencia, por habérmelo asegurado el cirujano que la asistia.»

Por consiguiente, el testigo en cuestion no formula su opinion acerca la naturaleza y gravedad del mal por su juicio propio, sino más bien fundado en la autoridad científica del cirujano.

5. Cayetano Taucioni exploró el mal de Teresa antes que fuese extirpado el cirro del seno derecho. En aquella época solamente, diagnosticó un tumor en el seno izquierdo, que juzgó ser de la misma naturaleza que el del derecho, aunque de menor volumen. Despues ya no vió más á la enferma, de donde se sigue que todo lo que despues refiere sobre la enfermedad, lo ha tomado de las palabras de otro cirujano, Angel Mascetti, quien asistió más tiempo á Teresa, y examinó con frecuencia el estado y la condicion del mal. Más, aunque certifió que el tumor sobrevenido en el seno izquierdo era realmente un cirro, no ha podido afirmar de una manera cierta que, en este tumor, la dureza pétrea, signo característico y esencial del cirro, persistió hasta el momento de la curacion. Confiesa, en efecto, que cuando se agravó nunca pudo tocar el seno izquierdo de la paciente. Así, si no está bien aseverado, si queda incierto que esa dureza pétrea, propiedad esencial del cirro, no persistió constantemente en el tumor, tampoco puede afirmarse con certeza que la enfermedad de Teresa debe ser considerada como un cirro. En un estado de cosas tan dudosos es permitido decir que este tumor, que en su origen afectó los señales de un cirro, se dedujo, bajo la influencia de los remedios resolutivos, á ese infarto que quedó en el seno izquierdo de nuestra enferma aún despues que se la consideró curada. Así, pues, hasta los testimonios de las personas oficiales son insuficientes para darnos un diagnóstico indudable y enteramente razonado de la verdadera enfermedad de Teresa.

6. Estas insuficiencias que encontramos en los testigos hacen verdaderamente difíciles nuestras investiga-

ciones acerca el asunto que nos ocupa. Todas las dificultades que surgen ante el médico en el estudio de las enfermedades internas, son mucho más grandes y arduas cuando se trata del diagnóstico verdadero de un cirro canceroso. Este diagnóstico es de tal manera incierto y oscuro, que la ciencia médica aún no ha podido definir de un modo exacto sus síntomas esenciales y características. Todo lo que la escuela ha enseñado hasta el presente acerca esta materia no descansa más que en hipótesis y conjeturas más ó menos probables. Además, esta afección mórbida reviste caracteres comunes á otras enfermedades totalmente distintas del cirro ó del cáncer. De ahí resulta que, bajo la acción genérica de afección cancerosa comprendense numerosas enfermedades que tienen algunas relaciones de semejanza, pero que ofrecen al mismo tiempo diferencias considerables. En nuestros mismos días la ciencia médica-quirúrgica no ha logrado aún disipar las sombras que velan el verdadero carácter del cáncer. La anatomía patológica no presta aquí ningún servicio; no pueden hacerse en el hombre vivo experiencias que alcancen hasta la sustancia de los elementos constitucionales, único medio, sin embargo, de establecer un diagnóstico cierto del cáncer.

7. Establecidas estas consideraciones generales, lleguemos al exámen más particular del tumor de Teresa. De todo lo que acabamos de decir se comprende fácilmente que este tumor pudo simular la naturaleza del cáncer, puesto que ofrecía sus señales comunes. A este propósito ved lo que muy justamente enseña el ilustre Voyel: «Debo advertir que á veces el médico más experimentado duda si se trata de un verdadero cirro, aunque tenga á su disposición todos los medios de observación; lo que sucede á causa del gran número de transiciones que existen entre el mal que observa y los otros tumores. (*Traité d'anatomie pathologique*. Venecia, 1847, página 254).» Excusado es, por lo tanto, que apeleis al testimonio del médico y al de los dos cirujanos que se pronunciaron por la enfermedad cancerosa, pues ha podido muy bien suceder que en una enfermedad tan imperfectamente conocida se equivocaran en su apreciación, tanto más cuanto, como hemos hecho observar, no pudieron seguir por sí mismos el curso de la enfermedad. Fijémosnos, por ejemplo, en la siguiente declaración del Dr. Mascetti: «Procedióse á la disección del tumor extraído, y se reco-

noció que toda la parte extirpada era de naturaleza cirrosa, ofreciendo ya en algunos puntos ciertas señales de degeneración inminente en cáncer. Tenía este tumor el volumen de unas dos veces el ancho de mi puño, la forma irregular, la superficie un poco áspera, el color algo sombrío y la dureza de la piedra.» Mas estos signos enumerados por el médico, los presentaba el tumor cuando estaba adherido al seno. Para desempeñar bien su papel, el doctor debía llevar más lejos sus investigaciones, y señalar separadamente en su deposición cómo las membranas internas del seno habían sido atacadas por el cirro; cuáles eran esos *síntomas de degeneración inminente*, y últimamente, por qué desarrollos sucesivos el tumor había revestido aquel carácter de induración pétreo. Entonces se hubiera podido, en cuanto es posible, hacer un diagnóstico exacto de esa enfermedad tan compleja.

8. Examinando detenidamente la curación de Teresa, la encontramos tan imperfecta, que es imposible ver seguramente en ella los caracteres de un milagro. Oigamos primero al cirujano Mascetti, que observó con suma atención el seno izquierdo: «Únicamente le quedé durante algún tiempo una dureza ó infarto en cierta parte de la glándula mamaria; era floja, y creo que desapareció por sí misma, pues no he oído hablar más de ella.» Este resto de mal parecióle bastante grave y le impidió atribuir la curación á una acción milagrosa, conforme puede verse en las palabras siguientes: «Como no me loca exponer los hechos, sino juzgarlos, no me atrevo á decir que esta curación fuese milagrosa, y eso á causa de dicho infarto.»

Harémos observar además que Teresa quedó después de su curación tan pálida y flaca como antes. El defensor de la causa de ningún modo resuelve la dificultad, diciendo que no puede verse en este tumor, grueso como la mitad de una nuez, un resto de cáncer, atendido que *la curación de la mitad de un cirro obtenida súbita é instantáneamente es un hecho del todo nuevo en los anales de la medicina*. Mas como dicha señora nunca estuvo perfectamente curada, los reverendísimos Padres tienen el derecho de inferir de esta contestación que el tumor del seno simuló el aspecto del cirro canceroso, á causa de las muchas analogías que existen entre este tumor y los de otro género, como lo observó el autor arriba dicho.

9. Por lo demás, el virus mórbido que originó el cirro, nunca desapareció por completo; de lo que puede cole-

girise que es el mismo virus que engendró la tuberculosis de que murió Teresa, todavía en la flor de su edad, cinco años después de su curación. A este propósito uno de los reverendísimos Padres hacía observar con justicia lo siguiente: «Con razón uno y otro médico juzgaron inútil y mortal una nueva ablación del tumor, porque arrancados los gérmenes, la raíz mórbida que hubiera infaliblemente muerto á la enferma, no podía ser cortada por el hierro. Pues bien: esa raíz mórbida que debía inevitablemente causar la muerte, ¿desapareció en realidad después de la curación? Ciertamente nos importaba mucho saber cómo murió Teresa Massetti: sabemos por el médico que fué llamado á la cabecera de la enferma, que sucumbió de una tisis pulmonar ocasionada por esta raíz mórbida que había dado nacimiento á los humores.» Qué más se necesita para estar enteramente ciertos de que después de la extirpación del primer tumor y de la resolución espontánea del segundo, no sólo la constitución y el temperamento nativos de Teresa continuaron en el mismo estado, sino que además todo el virus, todo el principio mórbido de la enfermedad, de los que las otras fueron las consecuencias, subsistieron, y manifestándose por último tras diversas evoluciones, ocasionaron la muerte de la paciente. No ignoro que el mismo doctor ha dicho que de una sola y misma causa mórbida habían podido nacer dos enfermedades independientes. Mas este juicio está en oposición con este principio de lógica: Dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí. Luego si un solo y mismo virus engendró los tumores y la tisis tuberculosa (lo que atestigua expresamente y muy á propósito el médico con la expresión *caer á plomo*), es más claro que la luz del día que una y otra enfermedad se unen perfectamente entre sí y tienen relaciones de afinidad incontestables.

10. Respecto á la opinion que debemos abrazar acerca este punto particular de nuestro asunto, para fundar sólidamente nuestro dictámen tenemos una regla cierta en el decreto dado sobre los milagros invocados en la causa de beatificación del venerable Juan Berchmans. En efecto, el tercer milagro no fué admitido porque la religiosa María Crucifija Acajani, aunque librada de la calentura héctica, no parecía evidentemente estar del todo libre de la causa esencial de su mal, esto es, de esa peligrosa diátesis orgánica de donde nació en lo sucesivo un tumor canceroso. No hay más motivo de atribuir á un milagro

la curacion de la enfermedad que nos ocupa, hasta que se establezca claramente que el mal desapareció del todo con su causa primera y eficiente.

Contestacion á las nuevas observaciones críticas del reverendo Padre Promotor de la fe.

1. Queriendo ante todo combatir la fuerza de las pruebas, el crítico objetó en sus observaciones la contradicción entre el testimonio de la persona curada y el de dos testigos que parece le son opuestos. Véanse las palabras de la persona curada: «En la cama no sufría tanto, podía acostarme, no sólo del lado derecho, de donde me habían extraído ya un cirro, sino tambien del lado izquierdo, donde estaba el asiento del mal: con todo, en este caso era necesario tener el brazo apartado del pecho; y si me volvía demasiado del lado izquierdo, el peso del cirro sobre el pecho me causaba fatiga.» Al contrario, el tercer testimonio dice: «La enferma se acostaba por la noche contra su voluntad, y cediendo á las instancias que le hacíamos viéndola sufrir tanto; en el lecho aumentaban sus padecimientos, y decia no le era posible conciliar el sueño en toda la noche.» Y el testigo cuarto: «Y sufría tanto en la cama, que no podía permanecer en ella.» Admitidos estos tres testimonios, es fácil reconocer toda la verdad en este asunto, si recordamos que los dos últimos testigos declaran lo que vieron y oyeron; mientras que la persona curada se refiere á lo que sentía por sí misma, tanto interior como exteriormente. Nadie nos impide creer que la enferma mostró á menudo resistencia y obediencia de mala gana cuando tenia que acostarse (lo que habia de hacer temprano durante la enfermedad), y que se quejase de no poder dormir en toda la noche.

Hay otra razon no sólo creíble, sino que además se impone, por así decirlo, y son los dolores punzantes y continuos que la atormentaban. Como no podía acostarse del lado izquierdo sino en condiciones muy difíciles, y que por consiguiente *no podía acostarse constantemente de este lado*, se veía obligada á apoyarse en el costado derecho solamente. Nadie extrañará ahora que Teresa, al considerar las largas noches que iba á pasar inmóvil en el insomnio y sufrimiento, rehusase ir á la cama y se lamentase. Su sobrina, la hija de su hermana, tenia pues razon al

decir: *Se acostaba contra su voluntad*, y sabiendo perfectamente (pues se trataba de un hecho de la que ella era testigo) que era preciso obligarla á acostarse (*á instancias nuestras, pues la vemos sufrir*), infería razonablemente que la enferma más prefería sufrir levantada que en la cama. Nicolás Pittori decía verdad cuando declaraba que «Teresa padecía mucho en la cama, y sé que no podía permanecer en ella.» Respecto á dicha señora, intimada á que declarase si la posición del lecho le causaba dolores más vivos, dijo sin mentira: «En la cama no padecía tanto» (lo que es evidente y natural, pues de otro modo el médico no le hubiera aconsejado que se acostase). Pero cuando más tarde habla de las condiciones difíciles á las que había de someterse para que el lecho le fuese soportable, defiende también de mentira á su primo y á la hija de su hermana, que sólo se acordaron de sus sufrimientos cuando estaba acostada, y declararon según lo que habían oído.

2. Otra objeción tiende también á debilitar el valor de los testigos, y de ella se ha servido la crítica para atacar á los que fueron compañeros asiduos y atentos de Teresa durante su enfermedad. «Si aceptamos, dice la crítica, el relato del hecho conforme sus declaraciones, Teresa Masselli, atacada de un cirro, se quejaba con frecuencia antes de su curación de dolores agudos; estaba sin fuerzas y su respiración era difícil, á pesar de los penosos esfuerzos apenas podía andar, y el poco alimento que tomaba le causaba náuseas. Además su rostro estaba tan demudado y descolorido que en frase de los mismos testigos ofrecía como la imagen de un cadáver. La gravedad del mal llegó por último hasta el punto de que los que la asistían desesperaban de su curación.» Y la curada, que para servirle de las expresiones de la crítica, *no puede menos de inspirar á todos la mayor confianza*, habla absolutamente en idéntico sentido. «El cirro del seno izquierdo progresó con mayor aspereza y rapidez, produciendo efectos más violentos. Es ciertísimo que la violencia de las punzadas dolorosas que experimentaba en el seno izquierdo excedían mucho á los dolores del seno derecho.» Y poco despues: «El cirro aumentó mucho, y los dolores aumentaron mucho también.» Y más abajo: «Ya he dicho cuán grande era la disminución de mis fuerzas. Estaba más flaca que ahora, pues debo decirlos que siempre he sido cenceña; pero entonces lo era mucho más. Mi tez, á

lo que parece, era de un amarillo pálido, y el alimento me era de tal suerte nauseabundo, que absolutamente no tenía apetito.» Por último: «No tenía ninguna esperanza humana de curación.» Los médicos confirman lo mismo, como ya he demostrado en la información. Sin razón, pues, la crítica ha pretendido inferir de lo antedicho que en realidad Teresa nunca padeció males considerables.

3. Si no me lo concedéis (pues oigo á la crítica hacer una instancia), es preciso que admitáis la segunda parte de mi dilema: á saber, que todos esos males no se desvanecieron de repente mientras se celebraba la solemnidad de la beatificación. ¿Cómo pretenderlo cuando todos los testigos, concordes con la persona curada, publican que desaparecieron? (esto es lo que han hecho en sus deposiciones). Mas esto no puede ser, prosigue nuestro adversario, pues «si se produjo en Teresa un cambio tan insólito y prodigioso, ¿cómo es que ninguno de los tres testigos no se extrañara particularmente del cambio en su tiempo y lugar? ¿Por qué nadie advirtió que adquiría de repente una fuerza desacomostumbada? ¿Por qué nadie observó que había curado súbitamente? ¿Por qué, por último, nadie dice una palabra de suceso tan maravilloso antes de que dicha señora, de regreso á su casa, mostrase que estaba curada?» Todas estas interrogaciones son inútiles desde que Teresa atestigua, que al mirar la imagen descubierta del bienaventurado Benito José, durante la solemnidad de su beatificación, se sintió perfectamente curada, aunque ella no quiso divulgar el prodigio inconsideradamente, antes de examinar su seno al volver á casa: «En el mismo instante ya no sentí dolor alguno en el pecho izquierdo, que hasta entonces me había hecho sufrir tanto; apreté con la mano la parte enferma, y no experimenté ningún dolor: con todo, á nadie lo comuniqué, reservándome examinar la parte enferma cuando llegase á casa.» Y más lejos: «No advertí que habían descubierto la imagen del Bienaventurado, pero me lo avisó mi sobrina Ana María. Entonces, pensando en mi mal, reconocí que ya no experimentaba ningún dolor: oprimí el pecho enfermo, y ya no sentí el menor padecimiento, por lo que comprendí que estaba curada.» Ahora debo decir que es falso que ninguno de los compañeros de Teresa no advirtiera ninguna cosa extraordinaria é insólita presagando la curación. Erán tres, Nicolás Pittori, Ariodante Ciccolini y la hija del hermano de Teresa; á los cuales